

ROGELIO RUIZ Y ROJAS

CULTA, DC8

CANÍCULA

BIBLIOTECA JOSE MA. PINO SUAREZ

AM

AM
86L7263
CAN

[Handwritten signature]
1-20-47

CANICULA

ROGELIO RUIZ Y ROJAS

CANICULA

EDICIONES ALFA Y OMEGA. MEXICO, D. F. 1946

Es propiedad del autor.
Quedan asegurados los de-
rechos conforme a la ley.

Talleres Tipográficos de Carlos Gómez. Tonantzin, 13. México, D. F.

AL INSIGNE QUIMICO
MARCELINO GARCIA JUNCO
AFECTUOSAMENTE
ESTE LIBRO
DEDICA
ROGELIO RUIZ Y ROJAS.

LIMEN

A manera de exordio y antes de entrar en materia, deseo expresar mis agradecimientos al singular poeta y amigo Noé de la Flor Casanova, quien desde la amable Arcadia que sabiamente gobierna contribuyó con su noble y grande empeño a la publicación de la presente obra.

He puesto a este libro el nombre de Canícula, para solemnizar el periodo más caluroso del año en las caldeadas tierras del trópico.

La época en que el sol derrama lumbre en selvas y llanuras coincide con la temporada en que luce maravillosamente la constelación del Can Mayor.

Desde la más remota antigüedad atribuían a esa constelación los enervantes calores del Estío, y de ahí el nombre de canícula que recibió el tiempo comprendido entre los meses de junio a septiembre en la abrasada zona del trópico de Cáncer.

El intenso calor y la humedad ambiente determinan la exuberante y lujuriosa vegetación, cuyo desarrollo es tan rápido que, valga la hipérbole, se ve y se oye cómo crecen las plantas. El macho y la hembra cantan el

himno de la vida y cumplen los decretos de la Naturaleza, que tiende a perpetuar las especies que después ella misma diezma con las inclemencias del clima.

Nada más adecuado, pues, que el nombre de Canícula para designar un libro de poemas irreverentes y paganos, escritos bajo el influjo de la ígnea constelación que incendia las frondas y agosta las sabanas de mi terruño. Tabasco, con sus 17 grados de latitud Norte, es una de las regiones más tropicales del continente americano.

Sé que un libro como éste puede convertirse fácilmente en carne para los lobos y carroña para los buitres. Pero confío en que el inteligente lector sabrá acariciar con las manos del entendimiento las desnudeces que encontrare, aceptándolas no como desnudeces sino como formas puras de expresión estética.

Vengan ahora, para cerrar estas líneas liminares, las mágicas palabras del poeta de Prosas Profanas:

"La gritería de trescientas ocas no te impedirá, silvano, tocar tu encantadora flauta, con tal de que tu amigo el ruiseñor esté contento de tu melodía. Cuando él no esté para escucharte, cierra los ojos y toca para los habitantes de tu reino interior. ¡Oh pueblo de desnudas niñas, de rosadas reinas, de amorosas diosas!"

ROGELIO RUÍZ Y ROJAS.

LA ISLA DEL ODIO

I

Surca la carabela el mar bravío
tendiendo su velamen a la brisa,
con una calavera por divisa
y un historial que causa calosfrío.

Derrochando temible poderío
va por el Mar del Sur a toda prisa,
y es como una sarcástica sonrisa
sobre un rostro diabólico y sombrío.

Junto al palo mayor airada plebe
de aventureros se amotina y bebe
con furia crepitante de candela,

y entre aquel aluvión patibulario
se yergue la silueta del corsario
que gobierna la rauda carabela.

II

El capitán corsario baja a tierra
con cuatro vigorosos marineros
y cerca de unos verdes cocoteros
su tesoro fantástico sotierra.

Esgrimiendo el puñal que nunca yerra
descarga cuatro golpes traicioneros:
ruedan los moribundos bateleros
y allí mismo el corsario los entierra.

Después, en alta mar, sueña en la amada
de la ardorosa carne sonrosada,
y al recordar los lujuriantes lazos,

piensa que los tesoros de este mundo
son nada ante el placer dulce y jocundo
de pasar una noche entre sus brazos.

III

Isla desierta y verde... Todavía guardas la huella del audaz corsario que enterró su tesoro legendario sobre tu costa cálida y bravía.

Los cofres de oro, plata y pedrería, botín de un abordaje sanguinario, brillaban como ardiente lampadario bajo el sol tropical del mediodía.

**El marino guardaba los arcones
henchidos de joyeles y doblones,
para ofrendarlos, trémulo y galante,**

**a una linda mujer de nieve y rosa;
mas fué inútil su afán porque la hermosa
lo traicionaba en brazos de otro amante.**

VI

El corsario feroz y turbulento
quiere vengarse del rival odioso
que le robó el amor pecaminoso
de una mujer voluble como el viento.

Manda a sus hombres con airado acento
que lo arrojen al piélago brumoso,
y después del suplicio pavoroso
no se escucha ni un grito ni un lamento.

Sólo se ve surgir del agua pura,
amenazante y ágil, la figura
de un tiburón de aletas blanquecinas,

que al desgarrar la carne a dentelladas
va dejando en las ondas encrespadas
un reguero de cuentas purpurinas...

V

En la isla cubierta de verdura
desembarcó el corsario con su amante
y le mostró el tesoro deslumbrante
que conquistara a fuerza de bravura.

“¡ Todo era para ti, flor de amargura!
— dijo el corsario fiero y arrogante —;
¡ mas como en el amor fuiste inconstante
te arrancaré la vida por perjurya!”

Requiriendo el puñal damasquinado
le partió el corazón de un golpe airado,
y al traspasar el cuerpo de la hermosa

quedó prendida con el fino acero
en el tronco de un verde cocotero,
como una palpitante mariposa.

VI

Este lobo de mar, enfermo y triste,
arrastra su miseria por el puerto:
el corsario de ayer en él ha muerto
y el pasado sangriento ya no existe.

A pesar de los climas aun resiste
las inclemencias del destino incierto,
como el islote que en el mar abierto
soporta el golpe cuando el mar embiste.

Entre accesos de tos y de reuma
va dejando la vida que le abruma,
y si en la niebla gris de la memoria

brotó un recuerdo lúgubre y lejano,
bebe ginebra con delirio insano
para borrar la sangre de su historia.

LAURENCE GRAFF

(LORENCILLO, 1683.)

Al par que el bergantín rompe la espuma
con el tajo cortante de la quilla,
el pirata feroz en la escotilla
surge como un fantasma de la bruma.

Luce en el ancho fieltro rica pluma,
en el negro tahalí recia cuchilla,
en el dorado cinto fuerte hebilla
y en los modales arrogancia suma.

Vigoroso y teñido en escarlata,
grita y blasfema el pérfido pirata
dentro de un marco lúgubre de horrores.

Tiene en el corazón una tormenta:
jamás perdona la menor afrenta
y epiloga con sangre sus rencores.

SI YO FUERA . . .

Si yo fuera un intrépido pirata
de parche al ojo y pata de madera,
a cambio de caricias te ofreciera
mis arcones henchidos de oro y plata.

Te diera un rico manto de escarlata
para envolverte como en una hoguera
y entre gritos de gente marinera
te raptara después en mi fragata.

Cubierta de joyante pedrería
por las ondas de azur te llevaría,
y en una de esas islas tropicales

donde quiebra la mar su ronca furia,
mordería con sádica lujuria
las pomas de tus senos virginales.

SELIN

(CUENTO DE PIRATAS)

I

Non han las efemérides varón de más breganza
nin de más contumelia quel pirata Selín,
lobo de mar bien quisto con toda malandanza
e fazedor de furtos dende su bergantín.
Sabe levar con priesa la lona del trinquete,
atagallar el foque, retrincar el gratil.
Sabe poner al mástel un negro gallardete
con una calaverna de tinte de marfil.
Ansí va pelegrino sobre la mar bravía,
corriendo la ventura de Norte a Mediodía,
sin almojarifazgo nin leyes de guardar.
E por lo ál le aplaze sulcar a toda vela,

pues que fará captiva mercante carabela
frontero del vetusto peñol de Jébel-Tar.

II

Selín hi donna términos al fácil abordaje
e todos los sus omes botín han menester.
Ya clavan la gumía seedientos de pillaje,
ya reptan a la muerte con fee de la vencer.
La carne mal ferida semessa roxas dalias,
de púrpula ge cobren la popa et el bauprés.
Los omes han fiereza de rudas animalias
e bregan commo alfiles e peones de ajedrez.
Chapodan e cercenan a sesgos e mandobles,
recámanse las manos de crímenes ignobles
en pos del vellocino del náutilo Jasón.
E furtan a mansalya diamantes, perlas, oro
e cofres de tauxía que guardan un thesoro
meior que los thesauros del Regno de Mammón.

III

Selín aventurero, curando la escotilla,
la mano diestra sobre del pérfido puñal,

les dis a los sus homnes: “Tomat la maravilla
de furtos que fezistes faziendo grave mal.
Tomat quanto vos trujo la Caja de Pandora,
tomat las esmeraldas polidas en Bagdad,
tomat los amatistes miniados en Basora
e todos los cabdales non vistos de Simbad.
Abrit aquestas arcas fenchidas de doblones,
facet a vuesto grado las áureas particiones,
con seed de mercadantes avaros de Mosul,
que yo por bien servido me do si me dexades
llotrar a la captiva que leva castidades
más frágliles quel mesmo cristal del mar azul.
Aína la doncella de carne sonrosada
será más encendida que rosa de Sion,
agora los sos labios de virgen non violada
sabrán catar el beso, la risa, la canción.
Por ella voy hogaño fazer un epinicio
de férvidos amores, e non seré quien soy
si non le donno todas las mieles del inicio,
tiniendo por alcázar la púrpula del coy.
A fuer de buen cossario seediento de placeres
habré de conducilla por mares de Citeres
et ínsolas cobiertas de nácar e zafir.
Un coro de nereydas, ondinas e tritones,

**al son de los mis besos verná descir canciones
en liras repujadas con oros del Ofir...**"

IV

ENVIO E FINIDA

Catat, gentil Sennora, que yo sin ser cossario
fiziera quanto fizo Selín navegador,
(aquel audaz marino del nome leyendario
tant sólo cobdiciaba las glorias del amor).
Non quiero los robinos e nayfes de Golconda,
non quiero los joyeles de viola corindón,
los glaucos agafitos que brindan gracia monda,
las perlas de Levante mercadas en Sidón.
Mal hayan los que curen thesoros e cabdales,
mal hayan los que alleguen doblones e reales,
que yo con el pirata me doy en el gustar.
Ca siendo sensitivo, por vos Sennora mía,
de grado desdennara la rubia pedrería,
¡por vos que soys la joya más dina de guardar!

EL CRISTO DE PIEDRA

Ante la piedra labrada
que representa al Mesías,
oraba todos los días
la novicia inmaculada.

Entre la sombra difusa
brillaba como una estrella,
y era tan dulce y tan bella
como la Décima Musa.

Un sueño de Primavera
la silueta vaporosa,
en los labios una rosa
y en los ojos una hoguera.

Sor Adoración tenía
tanto fuego en la mirada,
que hasta la piedra labrada
del Cristo se estremecía . . .

LA ENCRUCIJADA

Tú me llevaste, Amor, por las veredas
de los Siete Pecados Capitales;
y en pago de los rumbos saturnales
te di un regio puñado de monedas.

En tu carne encontré fogosas Ledas
y en tu furor Europas pasionales,
que brindaban caricias tropicales
en tálamos de púrpuras y sedas.

Y espoliando el corcel de los excesos
con la espuela maligna de mis besos,
seguí el camino terso de tus manos,

seguí el camino rojo de tu boca,
y el de tus senos, cúpulas de roca,
y el de tus muslos, mármoles paganos.

TROPICO

I

PRELUDIO

I

Es junio. El sol abrasa. La fronda se calcina.
El trópico fragante se puebla de alimañas.
Fornican los caimanes al pie de verdes cañas
y manchan las tortugas el agua cristalina.

Enroscan las serpientes su curva femenina,
y de un zarpazo rompe la paz de las montañas
un tigre que acaricia, detrás de las marañas,
el lomo de la hembra selvática y felina.

Exhalan sus narcóticos las grandes tuberosas,
las lianas estrangulan las ceibas vigorosas
y en cada nudo hay una palpitación divina.

El ancho río engendra la vida en sus entrañas,
fornican los caimanes al pie de verdes cañas
y manchan las tortugas el agua cristalina.

II

El aire quema. El sol es una flama viva
que incendia a fuego manso los bosques tropicales.
Las ceibas enguirnaldan sus frondas musicales
y el framboyán enciende su flor decorativa.

Se puebla de misterio la verde perspectiva
y surgen de la sombra las fuerzas ancestrales:
cien monos ennegrecen las ramas colósaes
turbando con sus gritos la selva primitiva.

Los vastos platanares entintan la distancia,
los frutos del cacao se cubren de fragancia
y el macuilís perfuma la soledad nativa.

Al margen del remanso murmuran los sauzales,
las ceibas enguirnaldan sus frondas musicales
y el framboyán enciende su flor decorativa.

III

Los árboles arrullan el sueño de la siesta,
los verdes camalotes dormitan en el río,
desciende de las frondas un hálito bravío
y el corazón desnudo del bosque es una orquesta.

El raudo cervatillo de hermosa y fina testa
como una flecha al blanco taladra el bosque **umbrío**,
el bosque milenario que ostenta su atavío,
las ceibas donde cantan mil pájaros en fiesta.

**Hay árboles inmensos con frutas deliciosas
y plantas que gotean resinas venenosas;
las lianas son del grueso de un hombre; la floresta**

**suspira en el silencio sonoro del Estío;
desciende de las frondas un hálito bravío
y el corazón desnudo del bosque es una orquesta.**

IV

La selva de Tabasco se enflora y empurpura
con fiebre de hembra en celo, sin orden ni reposo,
y sobre la corriente del río caudaloso,
radiante de lascivia contempla su hermosura.

El hule mana perlas de prístina blancura.
El chicle fluye a gotas del árbol generoso.
Y en el silencio trágico del bosque misterioso
resuenan las mil voces de la codicia impura.

Así ha vivido siempre la selva primitiva:
es una virgen púber de entraña sensitiva
que enciende en el cerebro del hombre la locura.

Desnuda espera el germen del macho lujurioso,
y sobre la corriente del río caudaloso,
radiante de lascivia contempla su hermosura.

V

Copiándose en las aguas del río mudo y quieto,
del río que hace siglos discurre solitario,
la selva virgen duerme su sueño milenario,
un sueño que no puede caber en un soneto.

El sol de la canícula se cierne como un reto
y envuelve en llamaradas las frondas del estuario:
en cada flor se incendian el polen y el ovario,
y en cada fruto el ritmo se torna más completo.

Verdor exuberante... Aquí tal vez un día
corrió la fuente amarga de alguna idolatría;
las ceibas y las lianas guardaron el secreto,

y nadie sabe nada del rito legendario;
la selva virgen duerme su sueño milenario,
un sueño que no puede caber en un soneto.

VI

Vaga un maravilloso tabú por el ambiente,
la ley del clan gravita sobre la selva oscura,
y en tanto que la fronda se cubre de pavora
el río se desliza con ritmo de serpiente.

Un tigre de anchas fauces vertiginosamente
persigue a la hembra en celo que rompe la verdura,
y de la tierra virgen elévanse a la altura
la eternidad del fruto y el don de la simiente.

Asciende en oleadas el fuego de la siesta :
Satán alucinado medita en la floresta,
sus ojos son dos puntos de luz fosforescente

que brillan sobre el verde confín de la espesura.
Y en tanto que la fronda se cubre de pavora
el río se desliza con ritmo de serpiente.

VII

Se filtra por las frondas un resplandor de fragua
que enerva y aletarga los seres y las cosas,
y en el remanso lleno de tintas luminosas
el dorso de un gran saurio semeja una piragua.

Dos tigres, macho y hembra, fornican junto al agua,
en un conjunto armónico de fuerzas misteriosas,
y del follaje surgen extrañas mariposas
que al deslizarse mueven las hojas de la jagua.

La savia hierve y corre por la corteza oscura
de los fornidos guásimos que manchan la espesura,
a la maligna sombra del mangle y la majagua

se entreabren como labios las flores venenosas,
y en el remanso lleno de tintas luminosas
el dorso de un gran saurio semeja una piragua.

VIII

Erguidas en el légamo lacustre de la orilla
las garzas interrogan al bosque misterioso,
que engalanó sus frondas con pencas de corozo
y perfumó su aliento con rajas de vainilla.

Al fondo los guarumos son una maravilla;
se nimba de fragancias el verde pomarroso;
retuerce el piche espléndido su tallo vigoroso;
y enciende luminarias la roja manzanilla.

Ostentan las orquídeas esmalte purpurino,
y en sus extrañas formas de sexo femenino
la luz es una lengua viril que quema y brilla . . .

Un viento de lujuria sacude el bosque umbroso,
que engalanó sus frondas con pencas de corozo
y perfumó su aliento con rajas de vainilla.

IX

La tierra primitiva se cubre de fragancia,
el bosque se enguirnalda con púrpuras y oros,
y en medio de los árboles el vuelo de los loros
es un jirón de fronda que cruza la distancia.

En los fornidos troncos hay tal exuberancia
que la resina brota por los abiertos poros,
y en la penumbra llena de enigmas y de azoros
el prístino retoño difunde la abundancia.

Ocultas fuerzas cósmicas derraman el torrente
de la verdad eterna: germina la simiente
y el ritmo de la vida no tiene discordancia.

La verde cornucopia desgrana sus tesoros,
y en medio de los árboles el vuelo de los loros
es un jirón de fronda que cruza la distancia.

X

El cielo, tal si fuera la boca de un gran horno,
derrama en la floresta vivificante lumbré.
Los hombres y las bestias, siguiendo la costumbre,
dormitan y disfrutan las horas del bochorno.

Los vastos huapacales acendran el adorno
de las torcidas ramas que llegan a la cumbre;
y esmaltan las clitorias impúdica vislumbre,
mostrando el femenino carmín de su contorno.

Paisaje vigoroso, fantástico y bravío:
suspira en el barranco la música del río,
el río lentamente se va de torno en torno.

Y cuando el sol del trópico destila reciedumbre,
los hombres y las bestias, siguiendo la costumbre,
dormitan y disfrutan las horas del bochorno.

XI

La atmósfera es de fuego. El trópico subraya
con púrpura su propia vitalidad salvaje.
Y flota en el profundo silencio del paisaje
la música del viento que viene de la playa.

En el vitral de frondas fulgura la pitaya,
los guásimos destilan fermentos de brebaje,
y el bosque vibra como si fuese un gran cordaje
donde la mano trémula de Lucifer ensaya.

Olor a selva virgen... Exótico perfume
embriaga los sentidos, los quema, los consume,
al par que el pensamiento delira y se desmaya...

Hay un sopor maligno suspenso en el follaje,
y flota en el profundo silencio del paisaje
la música del viento que viene de la playa.

XII

El bosque de palmeras circunda la sabana
con su festón salvaje de agrestes abanicos.
Un himno se levanta de los canoros picos,
y el eco vibra en toda la selva americana.

Escama verde luce la soñolienta iguana,
cien torvos jabalíes perfilan cien hocicos,
y cerca del guanábano que brinda frutos ricos
hay ceibas retorcidas que tienen forma humana.

El cedro y la caoba perfuman el ambiente,
y el bosque es tan compacto que el sol irreverente
desliza sólo a trechos su lumbré meridiana.

De súbito el silencio se rompe en mil añicos:
un himno se levanta de los canoros picos,
y el eco vibra en toda la selva americana.

II

SINFONIA

I

En un claro del bosque —tórrida Primavera—
se abrirán mis deseos como cárdenas rosas,
y sorberé en tus labios mieles pecaminosas
para extinguir mil vidas si mil vidas tuviera.

Mi afán pondrá guirnaldas de fuego a tu cadera,
al par que te acaricien mis manos temblorosas,
y nuestras almas trémulas y el alma de las cosas
se incendiarán en roja crepitación de hoguera.

En un inmenso tálamo de ceibas y de lianas
que el sol de Cáncer tiñe de lujuriantes granas,
tendrás en mis caricias zarpazos de pantera

que harán temblar de gozo tus carnes ardorosas.
Y sorberé en tus labios mieles pecaminosas
para extinguir mil vidas si mil vidas tuviera.

II

Con las rojas campánulas de la selva fragante
cubriré la escultura de tu cuerpo de nieve,
y en la hoja de parra que oculta el sexo breve
pondrá mi boca trémula su beso delirante.

Te ofrendaré la hoguera de mi pasión rampante,
avivaré la flama de mi furor alevé,
y al enarcar mis brazos en tu cintura leve
se entreabrirán tus labios cual una flor triunfante.

En un manglar que el trópico tupió de enredaderas,
donde los tigres rugen y braman las panteras,
profanaré las formas del mármol palpitante,

desgarraré los velos del clásico relieve,
y en la hoja de parra que oculta el sexo breve
pondrá mi boca trémula su beso delirante.

III

Bajo la fronda espléndida te cubriré de besos,
y ardiendo en una hoguera de lumbres meridianas
me enlazaré a tu cuerpo como las grandes lianas
se enlazan a los ceibos dejándolos opresos.

Voy a morderte entonces para dejar impresos
mis dientes en tus senos, más duros que manzanas,
y ante el asombro virgen de frondas y sabanas,
¡te abrazaré tan fuerte que crujirán tus huesos!

Han de rugir cual tigres hambrientos mis pasiones,
tal un desenfrenado tropel de garañones
se agitarán al punto mis ávidos excesos,

y rebosando fiebres antiguas y paganas
me enlazaré a tu cuerpo como las grandes lianas
se enlazan a los ceibos dejándolos opresos.

IV

Te llevaré muy lejos, detrás de aquel bosque
sombrio donde el trópico desborda su aspereza,
y en un lugar distante, cubierto de maleza,
te envolveré en las flamas de mi pasión salvaje.

Haré vibrar tu cuerpo con ritmo de cordaje,
haré sangrar tu carne con lúbrica fiereza,
y al deshojar la rosa sensual de tu belleza
se mancharán de púrpura las frondas del paisaje.

Reviviré los tiempos del hombre primitivo
que desfloraba vírgenes en el solar nativo,
y desencadenando las furias del ultraje,

te llevaré en mis brazos con singular destreza
y en un lugar distante, cubierto de maleza,
te envolveré en las flamas de mi pasión salvaje.

V

Un día — flor exótica del tropical Estío —
vendrás desnuda al río, y el río caudaloso
circundará tus formas de nácar luminoso
y prenderá en tus flancos un ósculo bravío.

Quisiera en ese instante de fiebre y desvarío
tener la fuerza bronca del río tumultuoso,
cubrir con mis caricias tu seno vigoroso,
y al estrechar tu cuerpo fundirlo con el mío.

El día que descieras desnuda a la corriente,
te atisbarán inmóviles mis ojos de serpiente
llenando de lujurias las márgenes del río.

Y el áspid del Deseo, maligno y venenoso,
circundará tus formas de nácar luminoso
y prenderá en tus flancos un ósculo bravío.

VI

Se enroscarán mis ansias en torno a tu hermosura
como si fuesen crótalos de piel verdosa y fría.
¡Yo me nutrí en las ubres de la pasión sombría
y me embriagué en la fuente de la floresta oscura!

Mitigarán tus brazos mi eterna calentura,
y en el adormecido sopor del mediodía
serás maravillosa tajada de sandía
que me prodigue lúbricos remansos de frescura.

Estallarán mis besos en raudó torbellino
sobre tu carne — nácar de caracol marino —
y sonreirá mi padre Satán en la espesura,

alegre y satisfecho de mi sabiduría.
¡Yo me nutrí en las ubres de la pasión sombría
y me embriagué en la fuente de la floresta oscura!

VII

Atrás de aquella jagua fragante y retorcida
te iniciaré en el rito de la pasión morbosa :
tu desnudez hierática se teñirá de rosa
y fulgirá en la selva la carne enardecida.

Después del goce inmenso te quedarás dormida
te quedarás dormida sobre la piel sedosa
del tigre sanguinario, que en lucha portentosa
desquijaró mi brazo con riesgo de la vida.

Yo velaré tu sueño tranquilo y apacible,
y mi inquietud con saña de crótalo terrible
te asestará en el seno diabólica mordida.

En el minuto lleno de audacia voluptuosa
tu desnudez hierática se teñirá de rosa
y fulgirá en la selva la carne enardecida.

VIII

Mañana cuando cruces el bosque de palmeras,
más blanca que la espuma salobre de los mares,
se quedarán inmóviles al verte los jaguares,
y las pupilas verdes tendrán fulgor de hogueras.

En medio del asombro rampante de las fieras
conocerás el vértigo sensual de mis cantares:
galopará el Instinto rompiendo valladares
y rugirán los Siete Pecados cual panteras.

Gentil, apasionante, desnuda y sensitiva,
te colmará de púrpuras la selva primitiva,
tejiéndote un florido festón de enredaderas.

Y ocultos en la sombra troncal de los mangles
se quedarán inmóviles al verte los jaguares,
y las pupilas verdes tendrán fulgor de hogueras.

IX

En el umbral frondoso de los cuijinicuiles
te brindaré las mieles de la canción eterna,
y renovando el ritmo sensual de la caverna
le arrancaré a tu boca los besos más febriles.

Desnudaré la curva triunfal de tus cuadriles
en el desbordamiento de mi inquietud interna,
y posaré las manos en la robusta pierna,
que es una florescencia de pálidos marfiles.

Oculto bajo el toldo propicio del follaje,
el tótem de la tribu pretérita y salvaje
protegerá mis grandes lujurias varoniles:

así tendré por siempre tu carne blanca y tierna,
y renovando el ritmo sensual de la caverna
le arrancaré a tu boca los besos más febriles.

X

He de violar las urnas de la belleza extraña,
y al desnudar tu cuerpo de virgen sensitiva
se cubrirá de múrice la selva primitiva
y triunfará el portento de la viril hazaña.

Voy a decirte cosas más dulces que la caña,
más dulces que el guarapo de la región nativa,
y el árbol ponzoñoso de mi ansiedad furtiva
deshojará en tu seno la flor de la montaña.

Rememorando el código de las antiguas normas,
con fuerza de serpiente me enroscaré a tus formas
y con vigor de tigre fecundaré tu entraña,

de modo que al fundirnos en una flama viva
se cubrirá de múrice la selva primitiva
y triunfará el portento de la viril hazaña.

XI

La selva milenaria protegerá el intento
de profanar a solas tu carne florecida,
y al consumir el acto supremo de la vida
simularán las frondas un estremecimiento.

Deshojará mil rosas la ráfaga del viento,
y en el maravilloso dintel de la guarida
nos brindará su ejemplo la liana retorcida
que sube por el tronco del árbol corpulento.

Tras los cañaverales en flor de los barrancos,
desnudaré las formas perfectas de tus flancos
y **esc**anciaré las mieles del goce turbulento.

Se tornará en hoguera la entraña enardecida,
y al consumir el acto supremo de la vida
simularán las frondas un estremecimiento.

XII

En esta selva negra, satánico, perverso,
teniendo como norma mi propio regocijo,
sobre tu carne cálida voy a fincar un hijo,
como se planta un árbol, como se pule un verso.

Desataré mis ansias en un tropel disperso,
haré de carne y alma diabólico amasijo,
y en el voraz incendio de mi fogoso rijo
fecundaré tu vida sin el menor esfuerzo.

Al pie de los manglares de la floresta muda,
con ímpetu de macho te haré rodar desnuda,
mientras en tus entrañas palpita el Universo.

Y fiel a los impulsos de un pensamiento fijo,
sobre tu carne cálida voy a fincar un hijo,
como se planta un árbol, como se pule un verso.

PARADISUS TERRESTRIS

A la sombra del Arbol de la Ciencia,
cerca de la diabólica serpiente,
miro tu desnudez concupiscente
y adoro tu sensual magnificencia.

La bestia que hay en mí, la bestia ruda
de pata hendida y retorcido cuerno,
desdeña los rigores del Infierno
con tal de verte sádica y desnuda.

Desnuda como Venus Afrodita
cuando nació de la flotante espuma,
rayo de luz que surge de la bruma
y se transforma en blanca margarita.

Por contemplarte, virgen de retablo,
diera todos los bienes de esta vida;
mas por gozar tu carne florecida,
vendiera mi alma lujuriosa al Diablo.

ALQUIMIA DIABOLICA

I

EL CONJURO

Cuando vendí la esencia de mi vida
lancé a Satán el nocturnal conjuro,
y al instante surgió del antro oscuro
con su capa de púrpura encendida.

Mirándole la faz enardecida,
digna del mármol y del arte puro,
vi la saña del Dios protervo y duro
que lo echó de la gloria prometida.

Vibrante de emoción exclamé entonces:
“¡Fulja nuestra amistad como los bronce
que funde el fuego y el artista crea!”

Y al oírme Satán, dulce y ufano,
selló el convenio, me estrechó la mano,
y me dijo sonriendo: “¡Que así sea!”

II

EL PACTO

He firmado un convenio con el Diablo:
yo le daré mi alma tenebrosa
y él me dará riqueza fabulosa,
sin importarme Cristo y su retablo.

La escritura, vocablo por vocablo,
fué cincelada en impecable prosa,
y aunque es breve, perfecta y luminosa,
tiene filos de pérfido venablo.

En una de las cláusulas finales,
con tildes y con rasgos notariales,
por el puño del Diablo quedó escrita

la síntesis triunfal de mi fortuna:
renovar al claror de blanca luna
la tragedia de Fausto y Margarita.

III

PRIMAVERAL

Arde mi contumacia en una hoguera
cuando me mira tu mirar de cielo,
y mis ansias te siguen con un celo
de macho semental en Primavera.

¡Los senos virginales! ¡La cadera
pagana y tentadora! Rompo el velo
del íntimo pudor y en mi desvelo
derrítese la carne como cera.

Invocación al Diablo: Padre mío,
inspirador de mi furor cabrío,
gracias te doy por esta linda rosa,

por este capullito perfumado,
que en horas de pasión y de pecado
deshojará mi mano lujuriosa.

LA CANCION DE LOS BESOS

Mientras rugen los lúbricos excesos
y da zarpazos la pasión bravía,
escucha sin temor, amada mía,
la canción impetuosa de los besos.

Besos que nacen de la noche oscura
como si fuesen flores venenosas,
para cubrir tus carnes lujuriosas
con un manto de sádica locura :

¡Quién besara tu frente pensativa
y pudiera mirar los pensamientos
que hierven en diabólicos fermentos
y torturan tu carne sensitiva !

¡Quién besara tus ojos pecadores,
que brillan en el goce cual turquesas
e imitan el mirar de las tigresas
cuando entregan al macho sus furores!

¡Quién besara tus labios perfumados
con pétalos de rosas y claveles,
cálices en que Dios dejó sus mieles
y nuestro padre el Diablo sus pecados!

¡Quién besara tu cuello vigoroso
con el fuego sensual de los amantes
que entrelazan sus cuerpos palpitantes
en el triunfo del tálamo ardoroso!

¡Quién besara tus hombros venusinos
con la fuerza del macho irreverente
que acaricia y desgarrar la turgente
perfección de los torsos femeninos!

¡Quién besara tus senos tropicales
con la fiebre convulsa del que ansía
beber de un solo sorbo la ambrosía
de los Siete Pecados Capitales!

¡Quién besara tu vientre cincelado
sobre la nieve en flor de un mármol griego,
mármol sensible al ímpetu de fuego
con que besa el febril enamorado!

¡Quién besara tus flancos esculpidos
por algún escultor del Siglo de Oro;
son los mismos de Europa cuando el toro
con sus lujurias los tornó encendidos!

¡Quién besara tus muslos adorables,
ahí donde la carne es tibia seda,
renovando el amor del cisne y Leda
con espasmos violentos y culpables!

¡Quién pudiera besarte con la saña
de un hombre, mitad hombre y mitad fiera,
que sintiéndose igual a Dios hiciera
nacer la vida en la carnal entraña!

¡Quién pudiera besarte con la furia
de un condenado al fuego del Infierno,
que tuviera a Luzbel por Padre Eterno
y por madre adoptiva la Lujuria!

¡Quién pudiera besarte, rudo y fuerte,
como nadie jamás haya besado,
y después de besarte apasionado
morir de amor y bendecir la muerte!

ENVIO

Escucha amada mía: Yo le pido,
no a Dios porque no sabe de lujurias,
sino al Diablo que es padre de las Furias,
que proteja mi afán enardecido.

Que más allá del mar, en los ribazos
de un islote perdido en la distancia,
pueda gozar a solas tu fragancia
y mirarte desnuda entre mis brazos.

¡Así te besaré con sed bravía!
¡Así te besaré con sed ardiente!
¡He de besarte con pasión vehemente,
y en un festín pagano serás mía!

DE PROFUNDIS CLAMAVI

Señor de los Infiernos, Soberano
de los que nada esperan en el mundo,
vengo a pedirte con fervor profundo
que quieras convertirme en un gusano.

Aunque digas, Señor, que soy liviano,
y pienses que mi intento es iracundo,
he de bajar al hueco nauseabundo
donde termina el Carnaval Humano.

Entre la podredumbre de la fosa
buscaré los despojos de la hermosa
que llenó de rencor mi pensamiento,

y así podré, por fin, enardecido,
roerle el corazón empedernido
y hacer interminable su tormento...

MARINA

Tiende tus velas, marinero,
tiende tus velas a la mar;
sobre las olas tu velero
se alejará como un cantar.

Mueve los ruidos seculares
del caracol rubio de sol,
que la conquista de los mares
harás sonando el caracol.

A la medida del deseo
tendrás amor, tendrás placer,
porque las hijas de Nereo
guardan encantos de mujer.

Nereidas locas de alegría,
ebrias de mar, ebrias de añil,
van a brindarte la armonía
de sus contornos de marfil.

Doris que sabe las canciones
del proceloso Mar del Sur,
te cantará mil tentaciones
en un cantar hecho de azur.

Y la gentil Quimodoquea,
toda radiante de pasión,
en el vaivén de la marea
te ofrendará su corazón.

Pero tu asombro será pleno
cuando Galena en el confín
desnude el ámbar de su seno,
¡rosas teñidas en carmín!

Y más allá, junto a la playa
que viste en sueños una vez,
desnudará también Actaya
su lujuriente doncellez.

Tetis Salacia fué primicia
para el divino Poseidón,
más para ti será caricia,
carne desnuda, tentación.

Tendrás los besos de Glauquea
y de Anfitrite virginal,
y en el amor de Galatea
conocerás el Bien y el Mal.

Senos y muslos y caderas
y labios húmedos de miel,
encontrarás en las riberas
a donde vaya tu bajel.

Y cien tritones submarinos,
atormetados de inquietud,
te llevarán por los caminos
de la dorada juventud.

Tras la Quimera fugitiva
que no se deja aprisionar,
ve por la mar a la deriva
con el afán de retornar.

Mueve los ruidos seculares
del caracol rubio de sol,
que la conquista de los mares
harás sonando el caracol.

Hila tu sueño hebra por hebra
sobre los tumbos de la mar.
¡Bebe, marino, tu ginebra,
y da a los vientos un cantar!

MARCHITEZ

Confinada en la celda ensombrecida
la atormentan suplicios inconfesos;
una llama interior quema sus huesos
y desgarras su carne florecida.

¡ Quisiera darse en plenitud de vida,
romperse en un raudal de tibios besos,
o bien morder en sádicos excesos
la carne del varón enardecida!

Pero su vida inútil se consume
como si fuese un frasco de perfume
volcado en el altar de la Belleza.

Y en esta soledad sin sensaciones,
no es una roja flor de tentaciones
sino el Amor que llora de tristeza...

EL SATIRO

En un marco de frondas **tropicales**
irradiaba la niña adolescente,
y a sus plantas el río transparente
desgranaba una orquesta de cristales.

Detrás de los tupidos matorrales
la atisbaban mis ojos de **serpiente**,
con la sabiduría irreverente
de los Siete Pecados Capitales.

En la paz de la tarde fugitiva
se incendiaba su carne sensitiva,
fingiendo un ramo de claveles rojos.

Y yo, sátiro oculto en la maleza,
sentía la bucólica tristeza
de no poder violarla con los ojos.

CARROÑA

Yo quiero ser un buitre sin aliño,
para que cuando mueras
pueda clavar mis garras carniceras
en tu cuerpo de armiño.

¡Ser tu postrer amante, audaz y fuerte,
y al desgarrarte el seno,
beber en tus carroñas el veneno
del amor y la muerte!

APENDICE LIRICO

LOS REYES DE LA BARAJA

Para MARIO J. DOMINGUEZ VIDAL

I

LA CUEVA

En la arcada vetusta de la cueva
que iluminan cloróticos velones,
juegan albuces unos infanzones
con los que no hay bergante que se atreva.

La audacia de los pícaros subleva
cuando lanzan blasfemias o doblones,
y estalla en los desplantes antañones
la sangre juvenil, ardiente y nueva.

En torno de la mesa los tahures
cierran con broche de oro los albuces,
requiriendo tizonas y puñales.

Y al final de las recias embestidas,
sólo quedan las cartas esparcidas
en la cueva de muros medievales.

II

EL REY DE OROS

Este es el legendario Rey de Oros,
el todopoderoso Fredegundo
que gobierna a los sátrapas del mundo
con la fuerza triunfal de sus tesoros.

Destilando avaricia por los poros
mete las manos al arcón profundo,
y cuenta y palpa, trémulo y jocundo,
los doblones flamantes y sonoros.

Sin odios, sin amores y sin brillo,
baja el Rey a la cueva del castillo
donde prospera la ambición humana,

y aunque tiene fantásticas riquezas
va arrastrando sus miserables flaquezas
en la eterna y doliente caravana.

III

EL REY DE COPAS

Gambrinus tiene un trono de diamantes,
un cetro cincelado en oro fino
y un primoroso manto damasquino
que luce en los festines deslumbrantes.

Le llaman Rey de Copas los tunantes
porque guarda toneles con buen vino,
y se embriaga de mosto purpurino
mientras danzan en torno las bacantes

Al leve giro de la rubia tropa
levanta el Rey la cristalina copa
que los delirios del placer escuda,

y después de beberse el vino añejo
toma del raudo y femenino cortejo
la hembra más lujuriosa y más desnuda. . .

IV

EL REY DE ESPADAS

Al frente de las bélicas mesnadas
traspone Rudericus las campiñas,
destruyendo la gloria de las viñas
y el oro de las mieses cultivadas.

Viene Su Majestad el Rey de Espadas
sediento de vandálicas rapiñas
y ciego de furor enciende riñas
que terminan en rojas cuchilladas.

Bajo el vivo carmín de los pendones
conduce las fatídicas legiones
proclamando los fueros del más fuerte;

y su inmenso rencor, estigma impuro,
cruzará por los siglos del futuro
como el pálido emblema de la muerte.

V

EL REY DE BASTOS

Imitando a la araña rencorosa
que reniega del sol que la deslumbra,
el Rey de Bastos vive en la penumbra
de su lejana torre silenciosa.

La espada en otros tiempos victoriosa,
libre de andanzas bélicas se herrumbra,
porque el Rey Beltenebros no acostumbra
desnudarla con diestra vigorosa.

Blande la dura clava el Rey menguado
sobre algún enemigo encadenado,
tiñendo en sangre la prisión sombría,

y funda su valor en la caterva
que aplaude sin decoro ni reserva
la sórdida y cobarde felonía.

INDICE

INDICE

	<u>Pág.</u>
Limón	9
La Isla del Odio	11
I Surca la carabela el mar bravío	13
II El capitán corsario baja a tierra	15
III Isla desierta y verde... Todavía	17
IV El corsario feroz y turbulento	19
V En la isla cubierta de verdura	21
VI Este lobo de mar, enfermo y triste	23
Laurence Graff. (Lorencillo, 1683)	25
Si yo fuera	29
Selín. (Cuento de piratas)	33
El cristo de piedra	39
La encrucijada	43
Trópico	47
I Preludio	49
I Es junio. El sol abrasa. La fronda se calcina	51
II El aire quema. El sol es una flama viva	53
III Los árboles arrullan el sueño de la siesta	55
IV La selva de Tabasco se enflora y empurpura	57
V Copiándose en las aguas del río mudo y quieto	59
VI Vaga un maravilloso tabú por el ambiente	61
VII Se filtra por las frondas un resplandor de fragua	63
VIII Erguidas en el légamo lacustre de la orilla	65
IX La tierra primitiva se cubre de fragancia	67

X	El cielo, tal si fuera la boca de un gran homo	69
XI	La atmósfera es de fuego. El trópico subraya	71
XII	El bosque de palmeras circunda la sabana	73
II	Sinfonía	75
I	En un claro del bosque —tórrida Primavera	77
II	Con las rojas campánulas de la selva fragante	79
III	Bajo la fronda espléndida te cubriré de besos	81
IV	Te llevaré muy lejos, detrás de aquel bosque	83
V	Un día —flor exótica del tropical Estío	85
VI	Se enroscarán mis ansias en torno a tu hermosura... ..	87
VII	Atrás de aquella jagua fragante y retorcida	89
VIII	Mañana cuando cruces el bosque de palmeras	91
IX	En el umbral frondoso de los cujinicuiles	93
X	He de violar las umas de la belleza extraña	95
XI	La selva milenaria protegerá el intento	97
XII	En esta selva negra, satánico, perverso	99
	Paradisus terrestris	101
	Alquimia diabólica	105
I	El conjuro	107
II	El pacto	109
III	Primavera!	111
	La canción de los besos	113
	De profundis clamavi	119
	Marina	123
	Marchitez	129
	El sátiro	133
	Carroña	137
	Apéndice lírico	141
	Los reyes de la baraja	143
I	La cueva	145
II	El Rey de Oros	147
III	El Rey de Copas	149
IV	El Rey de Espadas	151
V	El Rey de Bastos	153
	Índice	157

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN EL MES DE ENERO
DEL AÑO DE MCMXLVI
EN LOS TALLERES TIPOGRAFICOS
DE CARLOS GOMEZ
TONANTZIN 13
CIUDAD DE MEXICO

ROGELIO RUIZ Y ROJAS



\$ 4.00

NT.38646